

Es evidente el esfuerzo conjunto de análisis, síntesis y reflexión, con un alto nivel científico, que se recoge en este volumen, que no sólo aporta conocimiento y luces sobre el pasado, sino que también permite descubrir algunas bases para orientar el presente.

Merece la pena resaltar también la parte final del libro, donde se encuentran algunos instrumentos especialmente útiles para la investigación. El bloque más grande (172 pági-

nas) es la bibliografía especializada, que está dividida en fuentes y estudios, tanto monografías como artículos. Las diversas referencias están agrupadas en un índice bíblico y de escritos sagrados de otras religiones, un índice de autores antiguos y obras suyas citadas, un elenco de manuscritos, un índice de personas y grupos, de lugares y de ilustraciones.

Elisabeth REINHARDT  
Universidad de Navarra

**Óscar VILLARROEL GONZÁLEZ**, *El rey y el papa. Política y diplomacia en los albores del Renacimiento (el siglo xv en Castilla)*, Silex (Serie Historia Medieval), Madrid 2009, 370 pp.

La presente monografía viene a colmar una importante laguna en la historiografía de la Baja Edad Media castellana que, desde los trabajos de Luis Suárez Fernández, Vicente Álvarez Palenzuela o José Manuel Nieto Soria, no contaba con estudios globales sobre las relaciones de los últimos Trastámara con el Pontificado Romano.

Óscar Villarroel González, profesor de la Universidad Complutense de Madrid, ha emprendido esta empresa desde la experiencia y el conocimiento que le ha proporcionado su tesis doctoral sobre *Las relaciones Monarquía-Iglesia en época de Juan II de Castilla (1406-1454)* y sus trabajos renovadores sobre la diplomacia del momento o la participación castellana en los concilios de Siena y Perpiñán. El objetivo del libro es analizar las relaciones político-diplomáticas de la monarquía Trastámara con el Papado durante el siglo XV, centrándose en el dilatado reinado de Juan II (1406-1454), sin olvidar sus antecedentes en el de Enrique III (1393-1406) y su proyección en tiempos de Enrique IV (1454-1474). Asumiendo los postulados de José Manuel Nieto Soria —que cifra estas relaciones como una política de negociación-cesión—, el autor intenta precisar su evolución y sus límites, prestando par-

ticular atención a las formas de representación diplomática, los niveles de influencia mutua y la búsqueda del común beneficio en el ámbito de la estabilización política y el gobierno en la iglesia castellana.

La obra se estructura en cinco capítulos que jalonan las cinco etapas de esta fecunda relación. El primero, dedicado al reinado de Enrique III y la minoría de Juan II, describe la política adoptada ante el Cisma y el conflicto conciliarista, destacando la creciente independencia de Castilla ante el papado avinonés y la formulación de un entendimiento basado en la libre colación beneficiar por parte del papa a cambio de concesiones políticas y económicas que beneficiaban a los regentes durante la minoría de Juan II. El segundo capítulo aborda el período que va desde el abandono de la fidelidad benedictinista (1416) al concilio de Siena (1423). En él se reconstruye la política concordataria definida en Constanza, y el inicio de la activa colaboración de Juan II con el papado para intervenir en la iglesia de sus reinos y formar un frente común ante el movimiento conciliarista. El autor emprende una detenida identificación de los agentes y los medios de negociación llegando a dos conclusiones: el

aumento del número de castellanos establecidos en la curia y el intercambio regular de embajadas. Fenómenos que considera esenciales en el proceso de maduración diplomática de la monarquía Trastámara tendente a una creciente estabilización. Particularmente interesantes resultan las páginas dedicadas a la influencia de Alfonso V de Aragón en las relaciones castellano-pontificias y la consideración de Castilla por parte de la Santa Sede como un bastión para contrapesar los devaneos conciliaristas del aragonés.

Tras el tercer capítulo dedicado a los sistemas de representación diplomática, se aborda la intervención castellana en el concilio de Basilea (capítulos 4 y 5). Fundándose en una escrupulosa identificación de embajadas y embajadores y ciñéndose a la evolución cronológica de los hechos, se describe la actitud del monarca castellano ante la reunión conciliar, desde sus incipientes intereses beneficeales hasta el abandono del concilio en 1439 al asumir una deriva conciliarista inaceptable para el monarca.

No es posible recordar aquí los límites de la colaboración, ni los motivos de conflicto que pudieron influir en el desarrollo de las negociaciones sin suponer un serio obstáculo. Sin embargo, cabe ponderar la idoneidad del último capítulo dedicado al reinado de Enrique IV, caracterizado por el mantenimiento del apoyo castellano-pontificio (especialmente durante el conflicto sucesorio) o la tendencia a una presencia diplomática (mayoritariamente de eclesiásticos) cada vez más permanente –que sin embargo se modificará ligeramente en tiempos de los Reyes Católicos–, el mantenimiento de un elevado número de castellanos en la Curia o el paso de los mecanismos de solicitud regiamonástica a formas en que «el rey puede solventar casi todas sus necesidades en política eclesiástica mediante la negociación con el papa» (p. 334); sin olvidar la tendencia del papado a recuperar protagonismo en las elecciones episcopales y la recaudación fiscal.

Estas líneas de evolución son básicas para comprender el posterior desarrollo con los

Reyes Católicos, donde el apoyo pontificio fue decisivo para legitimar su acceso al trono, acometer la reforma de las órdenes religiosas, consolidar el tribunal de la Inquisición o garantizar la legítima posesión de las tierras descubiertas en el Atlántico. El estudio de González Villarreal permite realizar este engarce sin soslayar algunas discontinuidades, como la desatención de los intereses de Enrique IV por el legado pontificio Rodrigo de Borja, cuya explicación debe buscarse en la intromisión de Juan II Aragón que repetía a mayor escala los cortocircuitos generados por su predecesor Alfonso V.

Sin que ello modifique las líneas esenciales del libro, se echa en falta alguna referencia a los precedentes de la dinámica negociadora Trastámara que hubieran permitido una valoración más clara de las transformaciones diplomáticas del siglo XV. En la bibliografía también se detectan algunas ausencias, como la correspondencia de Fernando de Antequera y el papa Luna rescatada por J. Revuelta Somalo.

Desde un punto de vista metodológico, el trabajo habría ganado en coherencia al integrar la dimensión pastoral del papa, clave de su identidad eclesiológica (K. Shatz) que llevó las negociaciones con los príncipes a límites que iban más allá de la mera conveniencia política (M. Pellegrini). Con ello se superarían marcos interpretativos algo simplistas que reducen lo político al mero intercambio de favores, sin atender a la categorías mentales y teológicas que estaba transformando la acción diplomática del papado, inmerso en un proceso de reforma del que no fueron ajenos destacados prelados castellanos, desde Alfonso de Cartagena a Juan de Torquemada (Ángel Antón, José Goñi Gaztambide, Isaac Vázquez Janeiro)

Tal riqueza de perspectivas no hace sino confirmar el interés del excelente estudio de González Villarreal, que ha de considerarse un jalón historiográfico importante en el estudio diacrónico de las relaciones de la ascendente monarquía Trastámara y el Papado del Renacimiento.

Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA  
Universidad de Navarra